



DIÁLOGOS CNEO O DE LAS IMPERFECCIONES.

Federico Fuertes Guzmán

(EL CLIENTE ENTRA EN SU BAR HABITUAL, EL DEL BARRIO, AL QUE ASISTE TODOS LOS DÍAS AL ACTO RITUAL DEL DESAYUNO. PIDE COMO SIEMPRE CAFÉ CON LECHE, TOSTADAS Y ZUMO DE NARANJA. EL CAMARERO ES DIESTRO EN SU OFICIO. ADEMÁS CONOCE AL CLIENTE POR SER CLIENTE HABITUAL, PERO NUNCA HAN CRUZADO DEMASIADAS PALABRAS ENTRE ELLOS PORQUE EL CLIENTE ES UN MUCHACHO REFLEXIVO AL QUE LE CUESTA ENTABLAR RELACIONES. PERO ESE DÍA HABLARÁ CON EL CAMARERO A PROPÓSITO DE CUALQUIER EXCUSA QUE PUEDE INVENTAR CADA UNO. BIEN PUDIERA SER UNA DE ELLAS LA QUE SIRVE COMO INTROITO A ESTE NUEVO DIÁLOGO DE NUESTRA SERIE)

- CLIENTE (CLI). Ha tardado usted veintiocho segundos.
 - CAMARERO (CAM). ¿Perdón señor?
 - CLI. Digo que ha tardado usted veintiocho segundos en servir el café con leche.
 - CAM. ¿Y eso que es, mucho o poco?
 - CLI. No lo sé, no le puedo contestar por las demás personas. Personalmente, le diré que me siento satisfecho que un camarero, estando yo solo en el bar, tarde veintiocho segundos en servirme un café con leche.
 - CAM. Muchas gracias.
 - CLI. No, no lo tome como un cumplido. Habrá mucha gente para la que ese tiempo sea una eternidad.
 - CAM. Hombre, yo creo que mucha, mucha gente no habrá que así piense.
 - CLI. ¿Sabe? Ese es un tema sobre el que he pensado en los últimos días (El Cliente se anima y se acoda en la barra. Ofrece de su paquete de cigarrillos rubios al camarero pero éste no fuma). Si una persona está sola en un bar: ¿cuál es el tiempo que considera ideal en ser atendida su petición de un café con leche?
 - CAM. No se ofenda por lo que voy a decirle, pero me parece que usted pierde el tiempo en pensamientos peregrinos.
 - CLI. ¿Por qué han de ser peregrinos? ¿Usted podría contestarme a esa pregunta?
 - CAM. No, la verdad es que no. ¿Y usted podría?
 - CLI. Pues sí. Yo considero que el tiempo que le he dicho, a saber, veintiocho segundos es un tiempo bueno.
 - CAM. ¿Podría usted especificar con más detalle a qué se refiere cuando dice un tiempo bueno?
 - CLI. No señor, no podría. Nada más puedo decirle que si yo entro a un bar y el camarero tarda veintiocho segundos en servirme, me doy por satisfecho.
 - CAM. Eso suena a principio general, a ley científica.
 - CLI. Así podríamos considerarlo, como una ley científica. No sé la razón por la que las leyes científicas nada más deben hablar de temas que no preocupan a casi nadie. Debería haber leyes de estos asuntos. ¿No le parece?
 - CAM. Si señor, sí que me parece ...¿Y si tarda veinte segundos?
 - CLI. Pues entonces me consideraré muy satisfecho.
 - CAM. ¿Y si tarda...?
 - CLI. Por favor, obviemos los extremos en el razonamiento que nunca han conducido a la sabiduría ni al placer. No podemos decir lo que pensaría fulano si tardan en servirlo dos segundos o mengano si tardan diecinueve días en ponerle un café. Hagamos caso a la medida aristotélica.
- (El camarero no tiene ni idea del significado de la expresión «medida aristotélica», pero se va animando con la conversación. Posiblemente, la idea que tiene el cliente tampoco es muy definida*

sobre la expresión, pero le gusta utilizarla cuando sus interlocutores intentan llevar a extremos radicales sus posiciones.

El camarero se conforma con hacerse un nudo en los cordones de los zapatos que podríamos calificar de interrogativo. Expliquemos este extremo:

Si el vicio de El Cliente es el del tabaco, el del camarero es el de abrocharse los cordones y desabrochárselos mientras no tiene nada que hacer. Es una costumbre fea porque cuando lo hace, el cliente lo ve como si estuviera o jorobado o dolorido. Pero a él no le preocupa porque nada más se dedica a ese vicio cuando ha tomado confianza con el cliente y se siente a gusto. No se podría decir que sus pretensiones sean las de amarrarse cada vez con más fuerza los cordones porque, en el transcurso de una tarde en la que se siente a gusto, puede repetir este gesto más o menos unas ciento cincuenta o doscientas veces. Sí, como lo oyen. Y si cada vez debiera apretar un poco más, hace tiempo se le habría diagnosticado una gangrena en el pie izquierdo. Otra curiosidad reseñable es que nada más practica la costumbre con el zapato del pie izquierdo)

- CLI (Continuando). Podríamos llamarla la primera ley científica del bar. Diría así: «Un cliente está satisfecho de la actuación de un camarero si, al entrar en un bar y pedir un café, éste tarda veintiocho segundos en servirselo»

- CAM. «En ausencia de otros clientes»

- CLI. Por supuesto. «En ausencia de otros clientes».

- CAM. Me va a permitir usted que le haga otra pregunta, si ello no va a servir para enfadarlo.

- CLI. Por favor señor, no me ofenda. Pero antes, deberíamos presentarnos

(Se dan las manos y se dicen sus respectivos nombres con los que desde este momento los llamaremos para hacer más personal el trato a los personajes de la historia: Teoprepes el camarero y Cneo Julio Vero el cliente. Lo dejaremos en Cneo).

- CNEO. Ahora, por favor, hágame esa pregunta.

- TEOPREPES. ¿Para qué piensa usted en esas cosas que no tienen ningún sentido ni ninguna utilidad? ¿Qué más da lo que tarde un camarero en servir un café a un cliente? Si tarda mucho y no lo convence pues se larga a otro sitio y en paz. *(Con los nervios motivados por la pregunta, Teoprepes se ha dado un tirón más fuerte de la cuenta de los cordones y ahora siente el empeine dolorido. El equilibrio en el taburete que realiza este señor a cada tirada de los cordones es digno de verse).*

- CNEO. Entiendo que esto pueda parecer una estupidez a quien no esté acostumbrado a pensar en esos asuntos *(El cigarro lo sostiene ahora con dos dedos para apurar al máximo la colilla color amarillento. En la última chupada cierra los ojos con fuerza porque el humo se le ha metido en el globo ocular y ese sistema dice él que es el más efectivo, el de cerrar los ojos con fuerza).* Mire usted, en la televisión no paran últimamente de decirnos que todo el mundo está plagado de imperfecciones, todo se estropea, en fin que el mundo es un lugar caótico en el que las únicas leyes que existen son el desorden y la deladéz. Pues bien, yo me resisto a pensar que esto sea así, a mí me gusta la idea de un mundo en orden y con leyes que lo dirijan. No sé por qué pensamos en la ciencia como en un mundo perfecto si después su método y sus leyes no podemos aplicarlas a la vida diaria...

(Teoprepes no puede seguir por más tiempo el monólogo iniciado por Cneo. Le aburre, y todo lo que le aburre lo ignora sistemáticamente. Las abrochadas y desabrochadas de los cordones se hacen más frecuentes).

- CNEO. Pero, en fin, ya veo que no es usted demasiado aficionado a estos razonamientos.

- TEOPREPES. Por favor señor no se ofenda. No es que no me interesen, es que no entiendo demasiado de leyes ni de ciencias. Si a usted no le importa, siga con sus razonamientos que yo intentaré escucharle y aprender algo.

- CNEO. Está bien, seguiré a ver si puedo interesarlo con los comentarios. Suponga que entra un segundo cliente y pide un café diez segundos después del primero. También, ese segundo cliente considera que veintiocho segundos es un tiempo bueno en la espera de un café. Pero como ha entrado diez segundos después, deberá esperar sus veintiocho segundos más los dieciocho que le quedan al camarero para finalizar de poner el primer café.

- TEOPREPES. Entiendo. O sea, que esperará cuarenta y seis segundos por lo cual ya no estará satisfecho.

- CNEO. No y si. Se considerará satisfecho en el momento que compruebe que el tiempo que tarda el camarero en servirlo a él es exactamente de veintiocho. Y comprenderá fácilmente que debe esperar el tiempo necesario para servir al otro caballero. Si Cliente Dos ve que Cliente Uno queda satisfecho con el servicio del camarero, eso es prueba necesaria y suficiente para quedar demostrada la capacidad del camarero y para soportar la espera.

- TEOPREPES. Ya comprendo. Y sin embargo, y a riesgo de penetrar en ese terreno de radicalidad del que usted parece abominar, le diré una cosa. Si en lugar de haber dos clientes, hubiera un centenar, no estoy yo muy seguro que comprendería el Cliente Cien la espera que debe soportar debido a los anteriores.

- CNEO. Ahí es, ahí precisamente es adonde quería yo llegar. Si existe una ley y no la cumplimos la culpa no es de la ciencia ni de la propia ley sino de nosotros mismos. En nuestras manos está evitar las imperfecciones.

(Camarero Teoprepes y Cliente Cneo quedan callados después de estas palabras. Ninguno de los dos parece satisfecho del final de la conversación. Teo porque no entiende demasiado la conclusión a la que ha llegado aquel extraño personaje que tiene como cliente habitual. Mientras se hace siete u ocho lazadas en un minuto de silencio que están guardando ambos, piensa que es posible que sea miembro de una secta religiosa o algo por el estilo, porque hasta ese día no había escuchado a nadie que frecuentase el bar, hablar de esos temas tan inútiles. Cneo, por su parte, no está satisfecho porque cree que, después de insistir tanto en la necesidad de acabar con las imperfecciones, se da perfectísima cuenta de que su razonamiento y su conclusión no han sido todo lo perfectas que él hubiese querido. El final le parece demasiado abierto y comprende la desolación que puede tener el camarero y los pocos deseos que tendrá de escucharlo)

- TEOPREPES. ¡Quédese un momento vigilando, por favor, no se vaya!

- CNEO. ¿Qué? *(Antes de poder pedir explicaciones, tiene tiempo de verlas con sus propios ojos. Un grupo de personas ayuda en la misma puerta del bar a empujar un viejo coche blanco. Como conductora, una joven vestida de colores oscuros que va de vez en cuando al bar por las tardes a utilizar el teléfono público. Todos los hombres del bar la miran con desenfreno ocular cada vez que*

entra, y muchos de ellos intercambian con ella, pese a que nunca se ha quedado a tomar una copa o una merienda, palabras inocentes. Pensamientos obscenísimos surcan sus mentes).

(INTRODUCIMOS AQUÍ EL MONÓLOGO INTERIOR DE CNEO)

¿Será posible que sea el deseo puro el único motor de nuestros actos? Qué le hubiera sucedido a ese coche si, en lugar de conducirlo esa espléndida muchachita -realmente está espléndida- su conductora hubiera sido una mujer poco favorecida y bien entrada en la edad madura. Cuántos de estos voluntarios espontáneos hubieran prestado sus manos y sus comentarios al arranque del automóvil. No hay nada que hacer contra las pasiones que nos dominan de forma implacable y a la vez sutil. Ningún arma podrá jamás destronar de su imperio al más grande de los poderes que ha conocido y que conocerá la historia de la humanidad: El Placer. Nuestros actos nunca se adecuarán a nuestros pensamientos si el deseo que nos mueve a aquellos es mínimo y, mucho menos, si el deseo que nos impulsa a obrar por deber es menor que el deseo que nos impulsa a las actividades placenteras. ¡Qué equivocados los sabios de la moral! Para qué se habrán devanado los sesos y habrán pasado tardes enteras al calor del humo de sus chimeneas y sus copas de brandy de Jerez, pensando en una construcción científica de la moral de los seres humanos, si después nadie, ni uno solo de todos nosotros, ni siquiera los mejores entre los mejores, seremos capaces de sacrificar el deseo ante la orden moral.

¿Será el calor, dios mío, será cierto que este calor que no nos deja vivir en paz en nuestros hogares y que nos impele a pasar nuestras vidas en los bares, en los parques, en las calles, será el responsable de esta relajación que nuestros pueblos sufren como si de una enorme plaga del antiguo testamento se tratase...

- TEOPREPES. Hala, ya está. Hay que ver lo buenísima que está esa niña. Ya me gustaría a mí hacerle más favores además de empujarle el coche. *(Se ata y se desata compulsivamente los cordones y en una de las amarradas, uno de ellos cede y el zapato queda prácticamente imposibilitado para ser amarrado con garantías al pie. Lo más natural hubiera sido cambiar de pie y, si la necesidad de atar y desatar es tan fuerte, que la costumbre de utilizar el pie izquierdo cediera el turno al pie derecho. En lugar de eso, Teoprepes se quita los cordones de ambos zapatos y cambia el del derecho por el del izquierdo y viceversa, para así dejar de nuevo en perfectas condiciones su campo podal de trabajo).*

(SIGUE EL MONÓLOGO INTERIOR DE CNEO). No digo yo que no destinemos esfuerzos en contravenir estas inclinaciones poderosísimas de nuestro cuerpo. Me consta que así lo hacen, lo hacemos, muchos honrados ciudadanos. Pero las fuerzas flaquean cuando miramos a nuestro alrededor y ninguno de nuestros semejantes parece querer seguir el ejemplo. Nuestra actitud no es idolatrada, ni siquiera respetada. Los ademanes de despecho o desinterés se suceden allá por donde intentamos hacernos oír. Nadie presta atención, al momento se improvisan nuevas conversaciones, supuestas obligaciones -qué paradoja hablar aquí de ellas- obligan al interlocutor a marcharse sin que hayamos dejado en él ni una sola marca indeleble de nuestro sentir moral...

- TEOPREPES. Es una lástima que esa chica no desayune en el bar. Así nos alegraría las mañanas *(Mira a Cneo esperando su contestación. Este decide interrumpir su monólogo interior porque le resulta imposible concentrarse cuando le hablan. Es una costumbre, la de los monólogos interiores que le ha hecho mucho bien a lo largo de su vida reciente. Después de unos momentos muy extraños en los que hubo de acudir a la consulta de un profesional decidió seguir el consejo de la meditación profunda y de hablar consigo mismo cada vez que no tuviera claridad en las maneras de*

comportarse en su vida diaria. Con gesto apenado, inclina su cabeza hacia la taza blanca del café y contesta con parquedad).

- CNEO. Sí, una pena.

(Teoprepes entiende que el intento de demostración científica de su cliente sobre las leyes que deberían regir el mundo y que no lo hacen, ha terminado en fracaso. Por ello, cree que debe de hacer algo para animarlo, para retomar la conversación aunque ésta le sea absolutamente aburrida. Él es un profesional y sabe que nunca un cliente debe irse del bar con el rabo entre las piernas).

- TEOPREPES. Ande tómele el zumo que se le van a ir las vitaminas. Los médicos dicen que para aprovechar al máximo los zumos de naranja, hay que tomarlos recién exprimidos. Eso debe saberlo usted.

- CNEO. Sí.

- TEOPREPES. Aunque yo no veo nada malo en tomarse un zumo después de estar una tarde en la nevera. Están más fresquitos y más dulces, pero a mi familia no hay quien la haga entrar en razón. Han oído en un programa de la radio que los zumos hay que tomarlos recién exprimidos, y no hay más que hablar. Pero yo digo que tampoco las vitaminas esas se van a ir como burbujas. ¿Cuanto tiempo debe pasar para que un zumo, una vez exprimido, pierda todas las vitaminas? ¿Realmente las pierde todas o nada más que unas pocas? Porque sí, por ejemplo, un zumo exprimido tiene, vamos a poner, diez pares de vitaminas, y pasadas dos o tres horas en la nevera, se quedan sólo en cinco, pues bueno. Con tomarse el doble de cantidad, el asunto está resuelto. Además, nadie nos ha dicho que la cantidad de vitaminas que tiene un vaso de zumo de naranja sea la cantidad ideal y mínima que ha de tomar un organismo humano. A lo mejor, las vitaminas de un zumo pasado por la nevera unas horas siguen siendo una cantidad extraordinaria para la lucha de nuestro cuerpo contra el escorbuto y todas esas cosas para las que es buena la vitamina C. *(«¿Era para el escorbuto o para la miopía?» duda interiormente Teoprepes).*

- CNEO. Pero lo que...

- TEOPREPES. *(No se podría decir que interrumpe a Cneo porque ya ni siquiera atiende a los cordones. Los sigue atando y desatando, pero la vista la tiene fijada en un punto lejano que viene a coincidir aprox. con el lugar donde, al fin, arrancó el coche de la señorita que recabó auxilio entre los presentes).* Porque si es instantánea la pérdida de vitaminas de los zumos, entonces, ése que tiene usted delante, ya no serviría como fuente de vitaminas, y por eso habría que tirarlo. ¿Está usted dispuesto a tirar un zumo por el hecho de llevar un minuto exprimido? ¿Y si llevase cinco minutos? O si no, otra pregunta más directa. ¿A partir de cuanto tiempo pasado desde la extracción del zumo de las naranjas, cree usted que es recomendable tirar el zumo porque ha perdido todo su valor vitamínico? Vamos a suponer que, entre un sondeo, la mayoría de las personas dicen que es a partir de los quince minutos, cuando ellos ven recomendable no tomar el zumo porque ya no tiene sus virtudes como manantial de salud. ¿Y un zumo exprimido hace catorce minutos y cincuenta segundos, no ha perdido ni un ápice de sus vitaminas? La verdad es que este tema no está nada claro. Y a mi personalmente, no me importa que no se aclare jamás de los jamases, pero si me están dando todo el día la monserga del zumito de naranja, que si es bueno para los dientes, para el colesterol, para el cáncer, para todo, y yo me tengo que tragar por obligación dos litros de zumo de naranja diario...

- CNEO. ¿Dos litros?

- TEOPREPES. Sí señor, dos litros. Ya le digo que en casa tienen mucho rigor con este tema. Si yo me tengo que beber dos litros, al menos que queden bien detalladas las razones por las que debo hacerlo. Pero nadie las conoce con exactitud, y todos los razonamientos están llenos de imperfecciones.

(Cneo no puede dar crédito a lo que oyen sus oídos. Pero por otra parte, está tan desanimado que no quiere continuar la conversación, ni siquiera sus monólogos interiores, en los que este descubrimiento de una persona, un ser cualquiera de la ciudad, un camarero que quizás no sea consciente de lo que hace, haría mella muy positivamente, y le ayudaría a encauzar correctamente sus pensamientos y sus obsesiones. Sabe que nada más tendría que esforzarse un poco en hablar con el camarero, ni siquiera él tendría que dar explicaciones o llevar el peso de la conversación. De vez en cuando alguna pregunta bien dirigida, y aquel hombre hablaría en una sintonía maravillosa con su pensamiento. La verdad es que pocas oportunidades, pocas gangas por hablar con los términos de las rebajas que, en el momento que esta narración tiene lugar, están en su máximo esplendor, y los clientes sienten en su interior la llamada de los comercios de una manera parecida a como los milanos sienten la llamada del invierno, pocas oportunidades como decíamos, va a tener una persona de una ciudad de hoy día para encontrar un congenere que comulgue tan intensamente con su pensamiento como le ocurre en ese instante a Cneo. Pero los caminos que cada mente humana sigue son tan diferentes entre sí; y tan inexplicados todavía para las ciencias del pensamiento, que no podemos criticar el proceder de Cneo. Es una persona que no se ha caracterizado nunca por un poder mental excesivo y ni siquiera él mismo podrá dar cuenta de sus actos ese hipotético día en que alguien le pregunte por ellos, como afirman los creyentes en las diversas religiones que vaticinan juicios después de la muerte para todas las personas. Pero ¿es que alguien puede dar una explicación con detalle de todos sus actos, no hablamos ya de los mínimos detalles, sino de actos generales, de decisiones que pueden dirigir el curso de una vida? No, nadie podría hacerlo. Aunque no sea un acontecimiento de magnitud, pensemos en el camarero, en Teoprepes cuando, unos momentos antes, rompe el cordón de su zapato derecho y, en lugar de olvidarse de él y seguir con su manía en el zapato contrario, se preocupa de sacarse los cordones y cambiarlos de lugar para seguir con una costumbre poderosísima en él y de la que no puede dar explicaciones sólidas y convincentes sobre su génesis y sus motivos. Cuánto más difícil entonces, el explicar por qué uno, una vez que encuentra una persona con la que quizás, de ahí en adelante, pueda conversar, pueda compartir sus temores, sus alegrías y sus dudas, se vuelve de espaldas y, como hace Cneo en ese momento, pide la cuenta y se levanta del asiento para marcharse por donde había venido).

La segunda imperfección de Cneo

(Cneo va a salir del bar. Hay una puerta de cristales nueva con los tiradores y los marcos de aluminio blanco. La nueva reforma en el bar ha dado preferencia a las cristalerías desde las que los clientes pueden ver el paso de los automóviles y de las personas por el exterior. La puerta se abre hacia adentro y en el instante, en el preciso instante en que va a salir Cneo, un señor aparece en el otro lado de la puerta para entrar en el bar).

- CNEO. Pase, pase usted.

- CLIENTE Dos. No, por favor, pase usted.

- CNEO. Venga, pase.
- CLIENTE Dos. Después de usted.

(Cneo y Cliente Dos están el uno enfrente del otro mirándose y baciendo amagos con sus cuerpos sin saber si hacer caso a su opuesto y pasar el primero o hacerse caso a sí mismo y dejar pasar al otro. En los instantes en los que se produce esta indecisión, que suelen ser breves porque siempre hay alguno de los dos contrincantes que rompe una lanza y, bien pasa el primero, bien empuja a su contrario hacia adentro o hacia afuera, la tensión que se acumula es grande. A Cneo le gustaría hablar con Cliente Dos de todo este asunto, de la preferencia en la entrada y la salida de los lugares, bien sean públicos o privados, de las normas que condicionan este comportamiento, pero no se siente con demasiado ánimo todavía. En lugar de hablar, prefiere imaginar la escena).

(ESCENA IMAGINADA).

- CNEO. Pase usted, por favor. Yo no tengo prisa.

- CLIENTE Dos. Yo tampoco querido amigo *(le llama querido amigo, un símbolo de la fraternidad que anida permanentemente en la cabeza y en el corazón de Cneo)*. Además, según las normas de la cortesía, se dice que antes de entrar hay que dejar salir. Incluso en sitios como el metro o los autobuses, se especifica esta consigna a los pasajeros.

- CNEO. Sí, es cierto. Pero analice usted estas situaciones. Son especiales.

- CLIENTE Dos. ¿Especiales? ¿Por qué especiales?

- CNEO. Son situaciones en las que hay que decidir con rapidez. El vagón del metro espera para marcharse porque muchos de sus ocupantes esperan de él que llegue a tiempo, sin retraso a la siguiente parada, porque la puntualidad en sus llegadas al trabajo depende de ello. En ese momento, no pueden tener una discusión como la que nosotros tenemos ahora mismo. Por cierto, no nos hemos presentado. Mi nombre es Cneo.

- CLIENTE Dos. El mío es Epaminondas.

- CNEO. Mucho gusto Epaminondas.

- EPAMINONDAS. El gusto es mío.

- CNEO *(queriendo hacer un chiste)*. No por favor, el gusto es mío. *(Epaminondas capta el sentido de aquel comentario y ambos se ríen a la vez. Cneo cree que ha encontrado, sin esperárselo, un alma gemela)*.

- EPAMINONDAS. ¿Entonces, por lo que estoy escuchándole decir, no cree usted en las convenciones sociales que intentan especificar los comportamientos colectivos? *(La interrogativa parrafada ha salido de un tirón a Epaminondas, y se le ve orgulloso por ello. Precisamente, Cneo piensa todo lo contrario a lo que sugiere la pregunta, ya hemos conocido sus ideas sobre las leyes y su incumplimiento. Pero éste es un caso distinto, un tête a tête como dirían los ciudadanos de habla francesa)*.

- CNEO. Por supuesto que creo en las leyes y en los sistemas establecidos para los comportamientos humanos. Pero esta es una situación especial. Voy a intentar explicarme *(Cneo se apoya en la puerta cristalera porque, hay que decirlo, pese a estar imaginando toda la escena, él se ve enfrentado con Epaminondas de pie, todavía sin haber cedido el paso ninguno de los dos)*.

Diríase que, en su pensamiento, predica con el ejemplo). Suponga que nos hemos encontrado en la puerta y se establece esa conversación clásica de entre usted, no por favor, usted primero, etc. Suponga también que no existe una ley no escrita que dice a los que van a salir que deben exigir sus derechos para pasar antes bajo la puerta y lo contrario a los que van a entrar. Cada caso entonces, sería una situación particular. Y así habría que estudiarla. Pasemos pues a estudiar la nuestra. En primer lugar, veremos si alguno de los dos tiene una prisa inmediata en hacer algo. Una prisa inmediata desde mi punto de vista sería por ejemplo, que usted debiese entrar en el bar urgentemente para tomar un vaso de agua con la pastilla que le reestablecerá de nuevo el ritmo cardíaco perdido momentáneamente o que mi coche, mal aparcado en la entrada, está siendo atrapado por las garras inmisericordes de la grúa que vela por la ordenación del tráfico en el municipio. Supongamos que ninguno de los dos tiene una prisa inmediata. Supongamos además que ninguno tampoco tiene una prisa mediata. Una prisa mediata puede ser un plan urdido para el resto de la mañana, por ejemplo, haberse citado para dentro de una o dos horas con una novia antigua o para una reunión de negocios. Supongamos que estamos de vacaciones, solos en la ciudad y nadie nos espera ni nosotros tenemos que acudir a ningún lugar. Se plantearía entonces, si no existiese la norma de «antes de entrar, dejen salir» el problema de quién tiene más derecho a atravesar primero la puerta, usted o yo. Existirían dos soluciones a mi entender para este problema. Una es la violenta, es decir, que nos empezásemos a impacientar y a decírnos exabruptos y que al final, el vencedor de una pelea, que no tiene necesariamente por qué ser física, puede serlo verbal o visual, el vencedor como digo, sería el poseedor del derecho a atravesar en primer lugar la puerta. La segunda de las soluciones que se me ocurren es infinita, sería un punto muerto: la solución razonadora. Si ninguno de los dos tiene más motivos que el otro para entrar o salir, ninguno podrá esgrimir razones poderosas bien para intentar entrar o salir primero, bien para invitar a hacerlo a su oponente. Pasaríamos el resto de nuestra existencia dialogando sin razones superiores a nuestro enemigo. Como una partida de ajedrez que acaba en tablas, con la diferencia que en esta puerta, acabar en tablas, supone quedarnos los dos aquí para siempre como dos pasmarotes.

- EPAMINONDAS. ¿Usted cree que lo soportaríamos?

- CNEO. No, la verdad es que no lo creo. Y no porque no seamos capaces sino porque la violencia haría acto de presencia en uno u otro momento. La solución razonadora en algún momento dejaría paso a la solución violenta. Y he aquí el momento en el que entra la ley universal, la de ofrecer uno de los atravesadores de puerta su cuello al de enfrente como los lobos cuando se sienten vencidos. En este caso, como usted no siempre va a ir entrando y ofreciéndose como víctima, la ley más o menos funciona y unas veces nos toca un papel y otras el contrario. Por eso, todo el mundo está contento.

(«Descansa Cneo, descansa » piensa Cneo de sí mismo. «Descansa que ha sido un éxito tu argumentación ». Cneo a veces se sorprende como un improvisador nato y en esta ocasión, la verdad es que lo ha bordado. Nada de lo que ha dicho sobre los comportamientos universales, la división en categorías de la actitud ante una entrada o una salida, nada estaba preparado. Y su argumento ha quedado brillante, hubiera dejado con la boca abierta al más potente de los sofistas).

- EPAMINONDAS. Lleva usted toda la razón, si señor. Nunca se me había ocurrido pensar en ello. De todas formas, yo también soy muy pesimista en lo que se refiere a la solución ... ¿Cómo la ha llamado usted, «solución razonada»?

- CNEO. Sí (No es cierto que la llamase así. Se puede comprobar por el texto que dijo «solución razonadora», pero ése es precisamente el gran defecto de la improvisación: el olvido. Podríamos utilizar esta frase como una máxima a tener en cuenta desde ahora: «el olvido es el defecto de la improvisación»).

- EPAMINONDAS. No creo yo que haya dos personas que intenten dialogar hasta concluir que una de las dos tiene más motivos para entrar o salir la primera o la última.

- CNEO. ¿Quiere usted que lo probemos entre nosotros?

- EPAMINONDAS. Desde luego, pero le advierto que usted puede ganarme fácilmente porque no soy demasiado ducho en el arte razonador y casi siempre que hablo con alguien y empieza a exponer sus argumentos, le doy rápidamente la razón en todo. Pero si usted quiere yo estoy encantado de practicar sus teorías.

(Y Cneo y Epaminondas se enfrascaron en una conversación sobre los motivos que uno u otro tenían para dejar entrar o salir al compañero. Todo fue bien al principio, pero pronto vieron que no era fácil la solución porque la supuesta debilidad de Epaminondas no era tal y la discusión se alargó terriblemente. Cneo intentó dar un giro inesperado y en lugar de encontrar motivos para dejar entrar a Epaminondas en primer lugar, habló de repente de sus motivos para salir primero. Pero Epaminondas, nuevamente ágil en la reacción, comenzó a usar la misma táctica que su adversario).

- CLIENTE Dos. Bueno a ver. ¿Va usted a salir de una puñetera vez o me deja entrar a mí? (La fantasía de Cneo se diluye y Cliente Dos, que ya no es Epaminondas, está impaciente por entrar y toma rse su café primero de la mañana. Lleva gafas de sol oscuras y la esperanza de Cneo de haber encontrado un alma gemela se dfumina en su mente como hacen las burbujas de la gaseosa o de las aspirinas efervescentes si pasa mucho tiempo antes de ser bebidas. Cneo entonces toma por la vía de en medio, esto es, agacha ligeramente la cabeza y empieza a salir. Cliente Dos, que no esperaba esta reacción de un señor tan raro que lleva un rato ahí plantado como un pasmarote, inicia el camino a la vez y justo en el lugar central, en el conocido como vano de la puerta, chocan sus cabezas. A Cneo le ha dolido bastante el choque y se echa las manos a la frente dolorida. A Cliente Dos le ha dolido también especialmente, pero al lugar al que echa las manos no es a la frente, sino a las solapas de Cneo para empuja río con violencia fuera del bar. A punto está en uno de los traspiés que ha dado, de estrella rse contra un cartel indicador que habla de los lugares céntricos que más interés pueden despertar en los visitantes ocasionales de la ciudad).

- CLIENTE Dos. ¡Valiente estúpido! (Y entra como sacudiéndose las manos, con ese gesto que puede ser una reminiscencia del pasado vivido por los humanos en las praderas o en zonas donde imperaban la tierra y el barro en lugar del cemento o el asfalto o la aséptica losa de mármol. El ruido del cho que de Cneo contra el cartel indicador se mezcla, no en el espacio pero si en el tiempo con otro ruido de otra caída, la del camarero Teoprepes que, sentado en el taburete alto que usa tras la barra, no ha podido asistir impasible a la conversación no demasiado amable de Cneo y Cliente Dos y, en el tirón de cordones que ha escenificado aquella grosería, ha perdido el equilibrio y Cliente Dos ha pasado de verlo sentado y gacho tras la barra a no verlo y a escuchar el ruido de su cuerpo contactando con el suelo de un color rosáceo y brillante, producto de recientes trabajos de pulimentado).

Cneo se levanta como puede, aturdido y pensando en los inconvenientes de la violencia).

- VARIAS PERSONAS DE LA CALLE. ¡Eh, usted, venga a echarnos una mano! (Otra escena se sucede rápidamente sin dejarle tiempo a pensar en lo que le ha sucedido. Así es la vida, antes de darnos tiempo a pensar en lo que hemos hecho, ya tenemos otra actividad a la que dedicarnos. Cneo atiende a la llamada y ve un grupo de personas que empujan sudorosas un vehículo. De nuevo una jo ven moza al volante. «Al parecer» se dice confundido Cneo «hay en este lugar una concentración alta de averías automovilísticas». Cneo está en contra de empujar los coches que han quedado parados en mitad de la calzada. Pero ¿cómo volver de nuevo a los razonamientos, cómo explicar su punto de vista a aquellas esforzadas personas? Decirles que si generalizaran el problema particular que ellos tienen, verían que no todas las personas a las que un conductor pidiera ayuda podrían ayudar porque la parte trasera del coche no es lo suficientemente amplia como para que todos los ciudadanos echaran una mano y que algunos, necesariamente deberán quedar fuera, decirles esto no va a servirle de nada. Cneo podría llamar a esta la tercera de las imperfecciones, pero Cneo ha perdido por esa mañana la confianza en la palabra y en la pasión nombradora que le suscitan estas curiosas escenas imprevistas, y acaba su placentero desayuno codo a codo con unos hombres que empujan y entre dientes hablan, desde luego, de los atributos femeninos de la conductora, tan voluptuosos y dados a las fantasías masculinas.

Cneo no dice nada y así acaba la escena, empujando y con un leve regusto a zumo de naranja que, en forma de arcada le está subiendo garganta arriba mientras el coche se desliza suavemente calle abajo).

